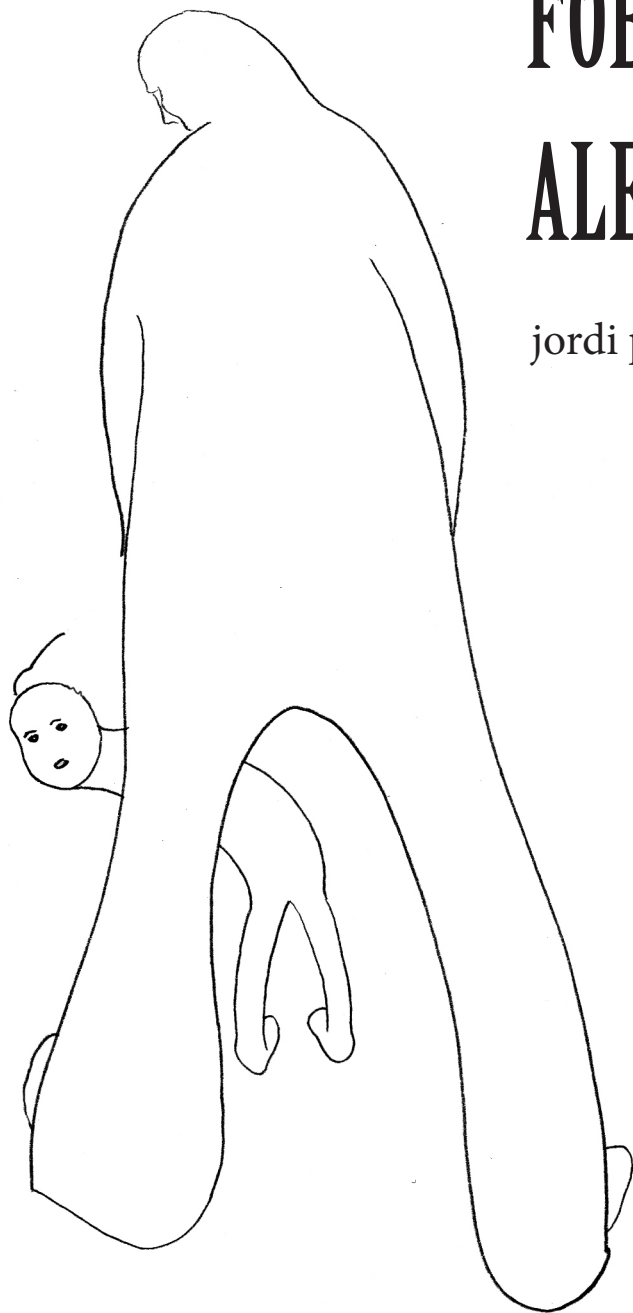


# FOBOS Y

# ALEXANDRU

jordi pascual morant





**FOBOS Y**

**ALEXANDRU**

jordi pascual morant



Fobos y Alexandru  
© Jordi Pascual Morant 2023

Diseño: Jordi Pascual Morant  
Edición de texto: Laura Gomara Panadero

1ª Edición.  
Castelldefels 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un medio informático, ni su transmisión en cualquier forma o mediante cualquier otro medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otras) sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

<https://www.pascualmorant.com>

*A todos los hijos sin padre*



Si en algún lugar del planeta nos pudiéramos refugiar del miedo, el Mediterráneo sería uno de ellos.

Quizás por ser el balneario entre oriente y occidente que relaja nuestro espíritu al iniciar el día. O por ofrecernos amplios espacios que no escondan sobresaltos de incertidumbre. Tal vez sea como un cuenco de agua bendita que nos calma porque su mar vibra como la música en una orquesta de olas. Pero no sólo es una metáfora poética, también es cuna de la filosofía, de grandes imperios, profundas rivalidades y descansos veraniegos. Estos últimos lo han convertido en uno de los mares más contaminados del mundo. A pesar de ello, algunas de las ciudades de su litoral tienen el privilegio de haberse ganado el aprecio de sus visitantes: por la música de su cultura, las pinceladas de sus paisajes, las gentes de sus bailes o la gastronomía que se inventa.

Barcelona sería una de esas ciudades llamadas “con encanto”. ¿Y quién, que no la haya conocido, no soñaría con visitarla alguna vez? Éste es el sueño de uno de nuestros personajes.

La historia que sigue y su tragedia final se inicia en el llamado “Ensanche barcelonés”. Una zona característica de la ciudad de Barcelona por la reforma que el arquitecto Ildefonso Cerdà inició en 1859. Su desarrollo duró casi un siglo. A lo largo de todo ese tiempo, el plan

se fue transformando y muchas de sus directrices no se aplicaron. Los intereses de los propietarios del suelo y la especulación desvirtuaron finalmente el plan Cerdà. Hoy en día se caracteriza por ser una zona donde hondea la bandera del orgullo LGBT y el ocio nocturno.

Es en el cruce de una de esas calles, a primera hora de la tarde de un domingo otoñal y gris, donde se encuentran dos hombres de mediana edad que coinciden... bueno, las coincidencias lo son para los que no conocen sus detalles. ¿Será esa coincidencia el inicio de una amistad, de un conflicto, un descubrimiento, un delito?

8

—Excuse me, do you speak English? —pregunta uno de ellos. Un hombre alto, elegante, de estilizada presencia y gestos refinados. Sobre su discreta nariz, unas gafas de varilla metálica y pequeños cristales le dan una imagen de intelectual literario. Chaqueta y pantalón a juego. Por su aspecto sería fácil etiquetarlo como cauteloso y reticente respecto a las nuevas tendencias en el vestir, pero si miramos sus zapatos, zapatillas deportivas color mediterráneo, parece que se haya olvidado de lo más importante, el cuero lustrado de un vestir clásico.

—No, ¿habla usted español? —le responde el otro. Personaje más tosco, no muy alto, pelirrojo y barba al estilo Balbo, dándole a la mandíbula un aspecto prominente, robusto y definido. Pantalón corto que acentúa su baja



estatura y camiseta ceñida que intenta mostrar sus largos años de gimnasio sin disimular una barriga de *bon vivant*, generosa pero rígida. Los dedos de sus pies se asoman entre las tiras de sus sandalias. Un conjunto sin estilo coordinado.

–Sí –asiente el primero–, creí por su aspecto que era extranjero, disculpe. Tenía la imagen de un español moreno y con patillas largas, pero sus rasgos son más propios de un irlandés –puntualiza sonriente.

De inmediato se da cuenta que la expresión “patillas largas” no es la más acertada teniendo en cuenta la estatura del español, aunque éste no parece haber captado su doble significado, por lo cual se apresura a seguir hablando.

–Acabo de llegar de Rumanía, ha sido un largo viaje y me gustaría relajarme un poco antes de visitar la ciudad. Me apetece ver una película. ¿Sabría indicarme dónde hay un cine cerca?

–Sí, claro. Tiene uno a corta distancia, es una antigua plaza de toros convertida en centro comercial, se llama Las Arenas, allí hay varias salas de proyección. Andando puede tardar diez minutos. Si quiere puedo acompañarle, voy en esa dirección.

–Se lo agradecería, es usted muy amable.

–Así somos los españoles con los extranjeros, aunque no sea moreno ni lleve patillas largas, ¡je,je!

El feeling de ese encuentro contrasta con la apatía de este día en Barcelona. La indiferencia del Sol, las nubes grises que ensucian el cielo, el viento borrascoso que amenaza lluvia y el ensordecedor ruido de los coches ahuyentando a los pájaros, que si los hubiera se mantendrían en silencio para dejar oír el anuncio de un cercano desenlace fatal. Quizás era más aconsejable no haber pisado el pavimento en esas circunstancias y, al mismo tiempo, retirarle el título de “ciudad con encanto”.

10 |

Inconscientes de todo ello, los dos hombres inician su andar por el Ensanche barcelonés y por la mal llamada coincidencia.

–Me llamo Alexandru –presentándose el rumano.

–Mi nombre es Andrés. Habla usted muy bien el español.

–Soy filólogo, experto en lenguas griegas y latinas – le comenta Alexandru–. ¿Sabía usted que Andrés es un nombre propio masculino de origen griego? Deriva del término *andrós*, que indica al hombre como opuesto a la mujer, puede estar relacionada con la raíz indoeuropea *ner* que significa hombre, fuerza vital. Interpretamos su significado como hombre con un poder increíble, viril,

fuerte y ganador... Disculpe, me he dejado llevar por el tecnicismo de mi oficio.

–Me deja sorprendido, nunca pensé que podía tener un significado mi nombre y mucho menos con esas virtudes y características tan varoniles. ¿La valentía también podría incluirse? La verdad es que no le tengo miedo a nada. El miedo es producto de la ignorancia.

–¿Se considera conocedor de todo? –le pregunta Alexandru.

–Si se refiere al Todo, le diré que no, pero sí de todo lo que me interesa.

–Entonces quizás confunde la valentía con la temeridad –le contesta Alexandru.

Andrés hace un gesto de incomodidad, percibiendo cierta insolencia en su comentario. Sin responderle, toma la iniciativa de la conversación.

–Volviendo al asunto del miedo, su país es famoso por algunos personajes de terror, como el Conde Drácula o el dictador Nicolae Ceaușescu.

–La lista se la podría ampliar generosamente, más allá de esos nombres tan conocidos –le dice Alexandru.

–Me encantaría saber más, así alejo la ignorancia de los miedos, ¡jaja! –exclama con sorna Andrés.

—Pues bien, ha de saber que Rumanía parece estar bañada de misterio y poderes sobrenaturales —añade Alexandru—. Se dice que en un pueblo llamado Sohatu, por la noche y durante una semana, los tejados y cristales de las casas fueron apedreados por fuerzas invisibles provenientes del cielo, sin que aún se haya podido explicar tal fenómeno. No hubo tormentas ni granizo durante esos días, lo cual dejó perplejas a las autoridades y los meteorólogos del lugar.

—Seguramente hay una explicación física. Como le dije, el miedo es producto de la ignorancia —sentenció Andrés.

—Hay más historias —continuó Alexandru—, como la serpiente que creció en el estómago de una mujer, o los gritos que aún se escuchan en el hueco de un ascensor del hotel Cismigiu, en el centro de Bucarest. Se dice que son los desgarradores gritos de ayuda de una chica que cayó por error en ese hueco, sin que nadie acudiera a socorrerla durante días debido a que el hotel se encontraba en reformas. Monasterios de monjes como el de Frasnei, vetado a las mujeres, que son maldecidas con enfermedades si se aproximan a menos de siete kilómetros del lugar. O los sacrificios humanos que obedecían oráculos para que la construcción de una iglesia durante el día no se destruyera en la noche. Tal sacrificio recayó por

casualidad en la mujer del arquitecto de la iglesia, que fue secuestrada y torturada hasta la muerte. Su marido se arrojó desesperado desde una de las torres que había construido. Éstas y otras leyendas envuelven mi país de terror.

–Usted lo ha dicho, son leyendas –asevera Andrés–, fantasías que obstaculizan la razón en las mentes de los más ingenuos, que finalmente generan pesimismo. Yo soy mediterráneo, nacido bajo la luz del sol que resplandece sobre el mar azul. La alegría por vivir es mi impronta y mi curiosidad supera al miedo.

Estas palabras llenas de estereotipos nos dan una idea de lo simple del personaje. Al contrario del rumano, que se expresa con un lenguaje más reflexivo.

–Será la situación geográfica o quizás la epigenética de los hechos ocurridos en el pasado de esos lugares que producen individuos más atormentados que otros – le dice Alexandru intentando encontrar la causa que los distingue.

–La ¿epi qué? –le pregunta Andrés.

–¡Oh, sí! –se disculpa Alexandru–. Se refiere al estudio de los cambios que activan o desactivan los genes sin cambiar la secuencia del ADN, a causa de factores ambientales. La psicología profundiza en estos cambios

cuando pasan de padres a hijos o incluso mucho antes. También los sucesos sociales de trascendencia colectiva son factores que pueden influir en nuestras conductas de forma persistente.

–Demasiado profundo para mí. Cuénteme más historias misteriosas a ver si consigo asustarme.

–Le he comentado hechos espeluznantes de mi tierra, ciertos o no, pero que forman parte de nuestra cultura. ¿Conoce a Emil Cioran?

–No tengo el placer –le responde Andrés.

–Es un escritor nacido en Rumanía, pero que se nacionalizó francés. Un ejemplo de lo que estamos comentando. Pesimismo o quizá miedo a existir. Vivió el terror de la época en que surgió el nazismo, del que se sintió cercano, como de las filosofías pesimistas de Nietzsche y Shopenhauer. Se le considera el filósofo más aterrador de todos los tiempos. De pequeño jugaba al fútbol con las calaveras del cementerio.

Andrés lo mira atónito al escuchar ese detalle. Seguramente tampoco conoce a los filósofos que menciona, pero no quiere interrumpir mientras Alexandru sigue su discurso.

–Reflexionó mucho sobre sí mismo y la humanidad y el sinsentido de la vida. Sus conclusiones excluían toda

generosidad hacia el ser humano, hacia sí mismo, sintiéndose una circunstancia innecesaria.

Andrés le interrumpió para expresar orgullosamente uno de sus aforismos más preciados.

—Sin Dios el hombre sería más feliz. El tal Cioran debió tener algún conflicto con sus creencias religiosas.

—Las tuyas o las de sus padres, seguramente —respondió Alexandru—. Su padre era un sacerdote ortodoxo y su madre una líder de la liga de mujeres cristianas, propensa a la depresión. Son factores que no podemos ignorar. Todos descubrimos algún día aspectos que subyacen en nuestro inconsciente traumático, relacionados con experiencias olvidadas de nuestra infancia vinculadas a nuestros padres. ¿Viven sus padres?

—Mi madre sí. De mi padre no tengo ningún recuerdo, murió cuando apenas yo tenía cinco años.

—Me sorprende —dijo Alexandru—, cinco años son muchos para olvidar la relación con un padre. ¿Hay puertas cerradas donde se esconden secretos?

Andrés reacciona con una mirada airada, desafiante, insinuando que no concede alusiones hacia su persona y mucho menos en relación a sus padres.

—Simplemente no le recuerdo —contesta bruscamente.

—No quería molestarle, Andrés. Quizás la franqueza de nuestra conversación me ha permitido ser demasiado directo. Lo siento.

—Olvidelo. Nos estamos acercando a la plaza —le advierte Andrés en un intento de relajar la conversación—. ¿Ha estado alguna vez en una plaza de toros?

—Nunca, aunque he oído hablar y conozco esa parte atávica de su cultura. Representa la lucha del hombre contra la naturaleza. Detrás del capote se esconde la conciencia de nuestra fragilidad, la espada que en un instante dará muerte a la persistencia por sobrevivir del toro. Nuestro deseo reprimido de quitarnos la vida ante lo absurdo de ésta se proyecta contra la vida ajena.

—Ciertamente los rumanos sois los filósofos del pesimismo —le responde Andrés con ironía—. Cuando vea en qué se ha convertido la plaza de toros me gustará conocer su impresión y tal vez una nueva interpretación filosófica de esa transformación arquitectónica.

Las sonrisas de complicidad de ambos favorecen la deseada distensión que necesitaban mientras se acercan a su destino final.

— ¿Puedo preguntarle a qué se dedica, Andrés?

—Tengo una furgoneta con la que realizo repartos para Amazon. Me gusta ser independiente, moverme de aquí



para allá. Tomarme mi tiempo para sentarme en un bar y saborear una cerveza, acompañada de unos calamares a la andaluza. Con la calma, que son dos días.

Alexandru sonrío, mientras se imagina la felicidad con la que Andrés se toma su vida, su cerveza y sus calamares.

Una vez llegados a la plaza de España, Andrés levanta el brazo en un gesto nazi, orgulloso del nombre de la plaza y su disconformidad con el separatismo catalán.

–Los catalanes quieren cambiar el nombre de esta plaza por el de “1 de octubre”, en catalán, claro –comenta Andrés–. Infecta fecha que contaminó de falsas esperanzas a los “indepes”. Pero ahí estamos nosotros, los de Vox, para evitar que nos quiten un trozo de nuestra España.

Alexandru escucha sin inmutarse las expresiones de patriotismo ibérico de Andrés, como fingiendo que desconoce el tema.

–Me imagino que no sabrá de qué le hablo, ¿verdad?  
–le pregunta Andrés.

–La política no me interesa. Cuando oigo pronunciar ciertas expresiones a los políticos siento vergüenza ajena. Comprenderá que sea tan sensible al lenguaje debido a mi profesión. Es también por eso que creo importante

la necesidad de mantener los idiomas minoritarios que conservan una cultura propia. Aquí ya sé que se habla el catalán.

—El catalán y el español, que parece que quieren eliminar —le responde Andrés—. Pero no quiero incomodarlo con esos temas que me ponen caliente. Disfrutemos del lugar, a pesar de ser un día tan poco mediterráneo. En Rumanía estarán acostumbrados a este tipo de escenario meteorológico que enmarca las historias de terror, ¡jaja!

18

Andrés coge del brazo a Alexandru y lo acompaña a la entrada del centro comercial con una amplia carcajada tras su irónico comentario. Esa confianza sorprende agradablemente a Alexandru que se siente acariciado por el gesto de Andrés y al mismo tiempo le conmueve cierta inocencia en él, aparte de sus manifestaciones ultra derechistas a las que considera sólo una fachada de su inseguridad.

—Por cierto, espero estar a la altura de su aprobación lingüística, Alexandru.

—¡Ja,ja! No lo dude Andrés.

—¡Se lo agradezco! Los cines están en la última planta. Yo le invito, también me apetece una película —comenta Andrés.

—Qué amable es usted. Pero antes quisiera ir un momento al baño.

—Le acompaño, también tengo necesidad.

En Alexandru vemos ahora una nueva expresión en su rostro que es difícil de definir. Entre complacencia, expectativa, cierta insinuación de deseo o alguna tentación sensual hacia Andrés. ¿Es la que le produce la idea de estar juntos en un lugar tan íntimo como son los aseos?

Los dos se sienten atraídos por lo opuesto de sus personalidades. Refinamiento y tosquedad unidos al azar. Como buen filólogo, a Alexandru le interesa el origen de las palabras, no se deja influir por las apariencias, como la de Andrés, que reúne algunas de las características más desafortunadas para no atraer a los demás. Poco agraciado, de ideas ultra conservadoras y vulgaridad estética, pero que a juicio de Alexandru esconden un jardín con los mejores frutos en su interior. Sabe que un ultra no llevaría sandalias en lugar de agresivas botas para intimidar a los demás.

Por su parte, Andrés siente una cierta admiración por los conocimientos de Alexandru, sin notar ningún tipo de arrogancia en sus explicaciones. Lo percibe paternal cuando le habla. De ahí la necesidad de abrazarle, de sentirse cerca de él. ¿Quizás las zapatillas de

Alexandru también hayan captado la atención de Andrés favorablemente?

Abstraídos en sus sentimientos, se dirigen hacia los indicadores de los baños, ajenos a su entorno: los maniquís estilizados de los escaparates que muestran los últimos diseños de moda, las tentadoras tecnologías en las tiendas de informática, los espacios para tomar café o los pequeños restaurantes para degustar diversos tipos de cocina, la gente que va y viene.

20

—Adelante Alexandru —le indica Andrés al llegar a los baños.

El rumano accede agradecido. Se sitúa en uno de los dos urinarios libres que hay mientras Andrés, dubitativo, se coloca a su lado. Ambos se miran con cierta incomodidad y alguna dificultad de orinar por la extraña situación.

Al instante Andrés tiene un impulso de curiosidad por examinar el sexo de Alexandru moviendo lentamente la cabeza hacia un lado. ¿Serán los rumanos diferentes a nosotros?, se pregunta mientras observa como Alexandru acaricia su pene abelotado con movimientos de estiramiento y retroceso para dejar el glande al descubierto varias veces. Ese ejercicio produce en Alexandru una leve

excitación. Cuando éste se percató que es observado por Andrés, su excitación es mayor y también su pene crece.

Andrés sigue absorto, y aunque intuye que Alexandru se ha dado cuenta que lo observa, no por ello deja de mirar aquel miembro que le excita y que también le provoca una erección. Alexandru gira su cabeza hacia Andrés mostrando una sonrisa y también, con una leve torsión, la visión de sus genitales. Ambos se miran mientras se masturban, indiferentes a los otros hombres que se cruzan miradas insinuantes. Muchos de ellos utilizan los baños de ese centro comercial para mantener relaciones esporádicas, buscando el placer prohibido que les produce el morbo en esas condiciones.

Como diría Alexandru, aquel lugar podría estar impregnado de experiencias epigenéticas, asociadas a los gladiadores romanos, que mantenían relaciones sexuales escondidos bajo las arenas de un coliseo romano, quizás existente en ese espacio hace dos mil años.

Más allá de esas conjeturas, la situación real nos muestra a dos hombres y lo excitante de la casualidad que les ha sorprendido con agrado. Andrés extiende su mano acercándola al sexo de Alexandru, mientras éste deja libre su miembro, ya muy excitado, lleno de la sangre que hincha la esponjosidad de su pene. Al ins-

tante, Andrés se percata de lo atrevido de su acción retrocediendo su mano. Pero Alexandru toma la iniciativa, siendo él quien coge el falo de Andrés con pasión.

Con una mirada hacia los reservados, Alexandru le sugiere entrar en ellos para seguir ocultos al resto de miradas. Andrés, tras dudar brevemente, asiente con la cabeza. Una vez en el interior, la situación se desenvuelve con total desinhibición. Se alternan abrazos con besos en los labios, que descienden por sus cuellos mientras sus manos recorren los cuerpos bajo la ropa que los cubre, pellizcándose los pezones con dolor consentido.

22

El descontrol de sus actos produce en Andrés un repentino sentimiento de culpa. Su mirada se llena de ira hacia el rumano, mientras éste siente flaquear sus piernas a consecuencia del orgasmo que derrama sobre el cuerpo de Andrés, que en un primer impulso quiere retirarse. Pero al instante se abalanza sobre Alexandru con las manos al cuello para estrangularlo, arrepentido por haber entregado su cuerpo a otro hombre.

De pronto se detiene aterrorizado y se aparta bruscamente de su amante al ver en el rostro de Alexandru el de su propio padre, del que había olvidado todas sus facciones. El rumano, al sentirse liberado, intenta lanzar un grito de auxilio que no consigue pronunciar, debido al ahogo que

aún siente en su garganta. La imagen del padre que acaba de ver Andrés sigue en su retina. Se frota los ojos para desprenderse de aquel ser que en algún momento de su infancia desapareció de su recuerdo. Alexandru, echado en el suelo y lleno de angustia, pronuncia con esfuerzo algunas palabras dirigidas a Andrés.

—Amigo mío, ¿acaso he despertado en ti el odio que sientes por alguien?

—¡Calla, desgraciado! ¡Es el diablo el que está hablando por ti! Siempre te he odiado porque no fui un hijo para ti. Destrozaste mi infancia, mi inocencia, para convertirla en culpabilidad. Abusaste de mi frágil ingenuidad para hacerme creer que era a mí a quien amabas y no a mi cuerpo, al que manchaste tantas veces como si fuera un simple peluche para tus lascivas inclinaciones pederastas. Actos que me obligabas a presenciar cuando venían otros niños, a los que atraías con dulces y promesas de juegos que se convertirían en perversiones y crueles torturas que yo no entendía. Una vez más me has engañado, hoy no querías ver una película. Como en tantas ocasiones, a las cinco de la tarde, a las cinco de la tarde era corneado una y otra vez en el ruedo oscuro de aquel cine al que me llevabas fingiendo complacerme.

Alexandru comprende que Andrés está recordando el trauma de su infancia. Las causas de su reprimida ho-

mosexualidad. Cuando nuevamente le ve lanzarse sobre él para seguir ahogándole con furor, sabe que es a su padre a quien quiere asesinar, al miedo que le produce su presencia.

El rumano se contorsiona dando golpes con los pies en la puerta del baño, mientras Andrés grita –¡Te odio, papá, te odio, te mataré!– Esto alerta a los que se encuentran allí, que de inmediato empiezan a golpear la puerta para poder entrar y socorrer a quien pudiera estar en peligro.

24 | Andrés persiste en su intento de ahogar a Alexandru, aunque no es su rostro el que ve. Sigue viendo la cara de su padre, al que intenta hacer desaparecer sin conseguirlo. Se siente atrapado entre aquellos que quieren entrar y la persistente mirada de su aparente padre de la que no puede huir, apartándose de aquel cuerpo que yace inerte por su brutal agresión y buscando refugio en una esquina de la celda en que se ha convertido aquel espacio tras su delirio, llorando desesperadamente.

–Andrés, tranquilízate –le dice una voz femenina–. Ya ha pasado todo. Ha sido muy importante que me contaras el sueño que has tenido. Te hará entender por qué sientes tanto miedo a la vida. El miedo, a veces, somos nosotros mismos. Esperaba que llegara una sesión como la de hoy. ¿Te das cuenta que has dado vida a tu padre, Andrés? A partir de ahora trabajaremos el tránsito que



supone pasar del odio a la aceptación, empezando por poner nombre a todo. El de tu padre será el primero.

–Se llamaba Alejandro –le responde Andrés, sollozando.

La psicoterapeuta le acerca los pañuelos y espera a que se reponga para emplazarlo a la próxima visita. Al rato, Andrés se levanta secándose las lágrimas para abrazarla y despedirse de ella.

Mientras baja las escaleras del edificio, situado en una de las calles del Ensanche barcelonés, decide pasear por el barrio que fue el inicio de su sueño y lugar de encuentro con Alexandru. De pronto, el escaparate de una librería le llama la atención. Entre varios de los libros expuestos hay uno que le atrae especialmente. Entra en la tienda y al tomar el libro se conmueve profundamente al leer la reseña sobre su autora: *Herta Mueller, la escritora rumana perseguida por el dictador Ceaușescu, de quien dijo: “Durante 15 años, todos los días deseé su muerte. Pensé que cuando lo ejecutaran me sentiría aliviada. Pero tuve la reacción opuesta. No podía parar de llorar. Me resultó difícil ver cómo fusilaban a un hombre. Y era un hombre por primera vez. Estaba sin afeitado, y tenía ese temor en sus ojos”*.

